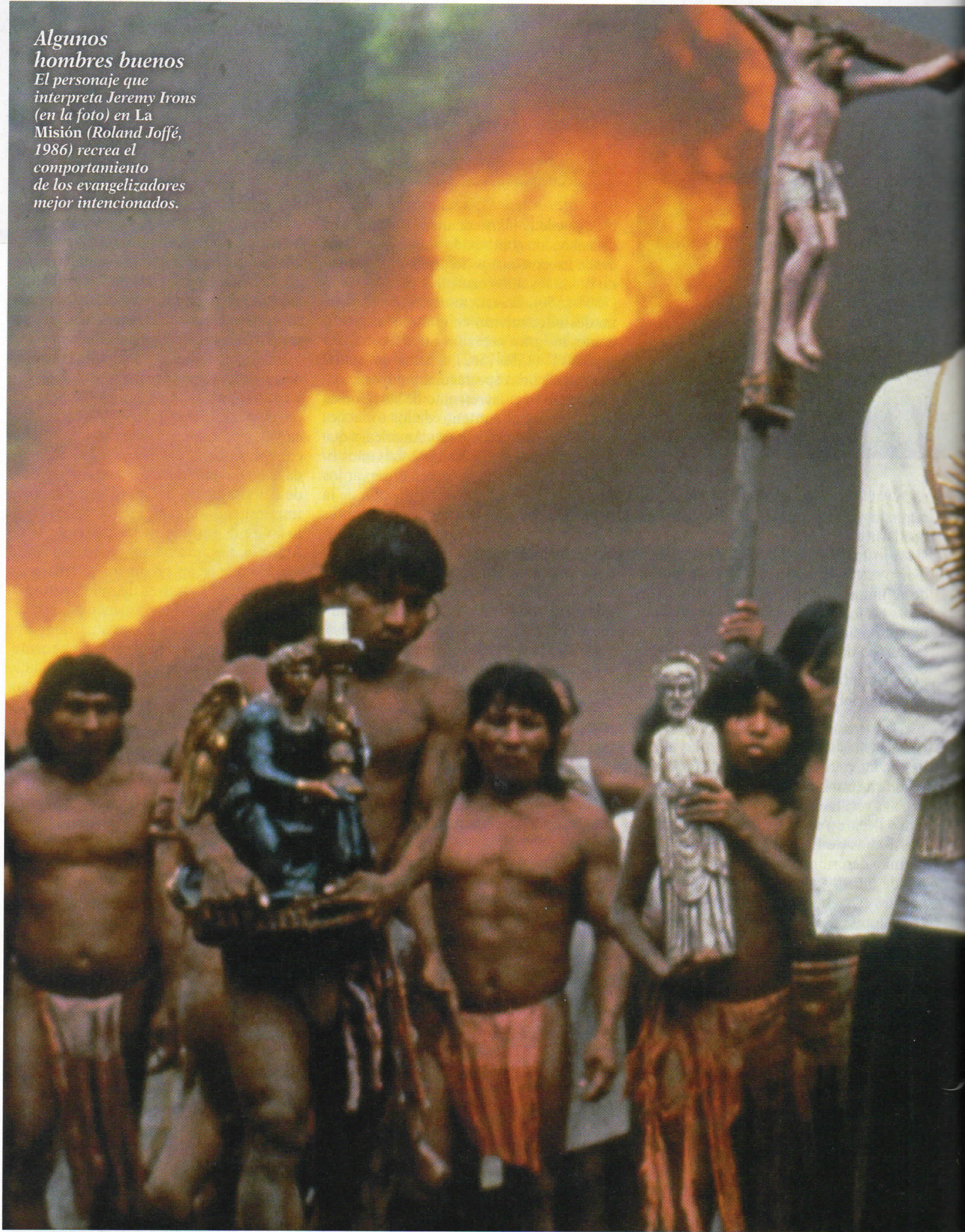
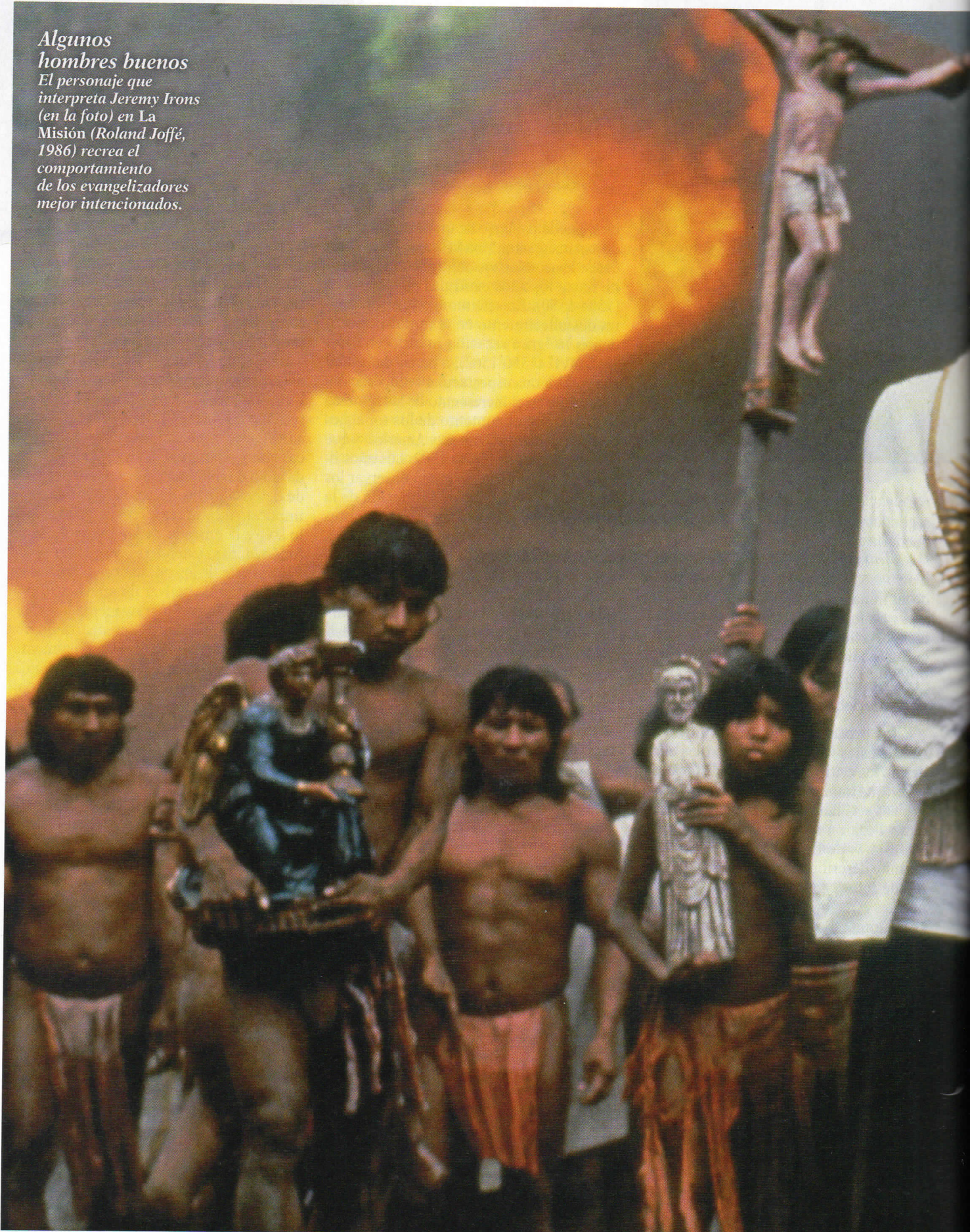


*Algunos
hombres buenos*
El personaje que
interpreta Jeremy Irons
(en la foto) en *La
Misión* (Roland Joffé,
1986) recrea el
comportamiento
de los evangelizadores
mejor intencionados.



*Algunos
hombres buenos*
El personaje que
interpreta Jeremy Irons
(en la foto) en *La
Misión* (Roland Joffé,
1986) recrea el
comportamiento
de los evangelizadores
mejor intencionados.



La conquista espiritual

El empeño por cristianizar a los nativos americanos distinguió la colonización española de las restantes invasiones europeas del Nuevo Mundo. Fueron tres largos siglos de proselitismo religioso que dejaron una huella muy profunda en el continente. Por Rocio García Bourrellier



Resulta imposible, al hablar de españoles en América, eludir la tarea evangelizadora, igual o mayor que la conquista y el asentamiento: algunos autores la denominan “conquista espiritual”. El empeño por cristianizar desde el primer momento a los naturales que Colón halló en sus viajes distingue la empresa española de otras incorporaciones de territorios ultramarinos a metrópolis europeas, como Inglaterra y Holanda. ¿Significa esto que lo espiritual fue prioritario para los españoles trasplantados a América? En absoluto. Los conquistadores, según el propio Pizarro, no iban por el alma de los indios, sino “a por su oro”. Sin embargo, la misión del clero fue un empeño paralelo, tenaz y prolongado a lo largo de los casi tres siglos de presencia española, y sus resultados han permanecido tras la marcha de los peninsulares. Los países americanos de habla española se independizaron, pero quedan las catedrales, la doctrina, la jerarquía, la Iglesia en definitiva.

En un antiguo documental sobre la conquista, un joven americano entrevistado (no indígena) mostraba su rechazo hacia el fenómeno. Pensativo, finalizó su diatriba: “Lo mejor que trajeron los españoles fue a Diosito y a la Virgen”. Se puede o no estar de acuerdo, pero esa idea coincide con la intención de la patrocinadora de la aventura colombina, Isabel de Trastámara, “la Católica”, reina de Castilla en 1492. Como Colón, pensó que anexionaría las Indias Orientales, cuyos naturales no habían recibido el Evangelio; así pues fijó como condición para financiar el viaje que, caso de encontrar nativos, se llevasen de inmediato clérigos para predicarles la Palabra de Dios. Algunos autores ven en ello un ánimo similar al de las Cruzadas: extender la fe por territorios que la desconocían para que realmente fuese católica



Defensor de los indígenas

Fray Bartolomé de las Casas (arriba, asistiendo a un indio en la hoguera) abandonó sus propiedades y se dedicó a predicar.

(universal). Por otro lado, la reina pensaba que todo hombre había sido creado por Dios y poseía un alma inmortal que podía salvarse o condenarse, convicción que por entonces no todos compartían. Isabel procuró que sus súbditos castellanos recibiesen la correcta doctrina mediante una profunda reforma del clero, y mandó hacer lo propio con los nuevos súbditos de ultramar.

El primer bautizado fue Juan Mateo, en 1496, que moriría martirizado

Así en el segundo viaje colombino (1493) llegó a la isla La Española Ramón Pané, ermitaño de San Jerónimo, que de inmediato trabó contacto con los naturales: aprendió su lengua (el taíno), mitología y visión del mundo. Su evangelización de las Grandes Antillas puso las bases para posteriores misiones, al igual que su actitud de enorme respeto por la libertad de los nativos: sólo bautizaba a quienes perseveraban en la doctrina y la moral católicas y confirmaban su deseo de vivir según las mismas. El primer bautismo no se celebró hasta 1496: Juan Mateo, el neófito, moriría mártir a manos del cacique Guarionex, también converso pero sujeto a manejos políticos. La máxima de que el bautismo no se impone quedó esculpida en ese primer contacto del jerónimo con los taínos y sería ratificada posteriormente por el papa



Paulo III en la bula *Sublimis Deus* de 1537. Como la reina, jamás pensó Pané que aquellos hombres y mujeres careciesen de alma, aunque los primeros conquistadores y encomenderos los tratasen como a animales; de ahí la queja del dominico Antonio de Montesinos años después (1511), en su famoso sermón dedicado a españoles afincados en el Nuevo Mundo: “¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales?”, clamaba el fraile, acusando a los presentes de estar en pecado mortal por su comportamiento con los nativos. Este sermón, clásico en la evangelización americana, caló hondo en uno de los presentes: Bartolomé de Las Casas, por aquel entonces encomendero, es decir, pro-

Obras son amores. *Objetivos prioritarios de franciscanos y dominicos fueron el bautismo (abajo, a la derecha) y la fundación de conventos (en el centro, San Antonio de Padua, fundado por Diego de Landa en Izamal, México). A la izquierda, monumento a Fray Junípero Serra en Palma de Mallorca.*



Su piadosa majestad
 para financiar el viaje de Colón,
 Isabel puso como condición
 que la expedición llevase religiosos
 para predicar la doctrina cristiana
 a Colón ante los Reyes Católicos,
 (fotografía del siglo XIX).



COMBON

Doblemente discriminadas

Los misioneros predicaron el Evangelio a todos los naturales, mujeres incluidas. En América, su discriminación era doble: por mujeres y por indígenas. Así se explica la visión que de ellas tuvieron los primeros españoles llegados al Nuevo Mundo: ocuparon tanto las tierras como las mujeres, sin considerar su estado anterior. Los frailes denunciaron este desorden moral y lo intentaron desarraigar. Es lógico por tanto que las primeras formas de vida religiosa femenina estuviesen ligadas a los franciscanos y relacionadas con la beneficencia: el primer monasterio de Santa Clara, en el Cusco, fue creado para recoger, cuidar y educar a niñas mestizas; lo seguirían otros en distintos lugares, con frecuencia patrocinados por esposas de virreyes y gobernadores. Pese a que la vida monástica no pudo sustraerse a las barreras sociales (se distinguía a españolas, mestizas e indígenas), América



ALBUM

Santa Rosa de Lima, la Teresa de Jesús americana.

ha dado figuras como Santa Rosa de Lima, una suerte de Teresa de Jesús americana; sor Juana Inés de la Cruz, monja jerónima y prolífica escritora; o Úrsula de Jesús, formada en Santa Clara y conocida como "la Santa escondida de Lima".

En el segundo viaje de Colón llegó también Ramón Pané, fraile jerónimo y misionero vocacional

pietario de tierras e indios que las trabajaban. Abandonó su encomienda y se dedicó a predicar.

Para "pasar" a Indias era necesario cumplir ciertos requisitos. Si el sujeto en cuestión quería ser jefe de mesnada o conquistador, es decir, avanzar más allá de las fronteras conocidas y tomar posesión del territorio, debía llevar consigo algunos frailes para evangelizar a los nativos. Por tanto conquistadores y clérigos iban juntos, pero no revueltos. Tenían diferentes objetivos y, casi todos, fuerte carácter y determinación, por lo que es lógico que surgiesen desavenencias.

La misión y la expedición. Conflictos entre clérigos y conquistadores

Los conquistadores (Cortés, Pizarro, Cabeza de Vaca) eran hidalgos sin fortuna, simples aventureros o soldados desencantados; los frailes, de extracción social diversa, eran por su formación más cultos. Los primeros buscaban tierras, hombres para trabajarlas y, si era posible, las maravillas anunciadas en las leyendas: oro, joyas, marfiles, plata... los segundos buscaban las almas de los na-

turales: conocer sus costumbres e idioma y enseñarles poco a poco la doctrina católica. Los conquistadores portaban y utilizaban armas con gran escándalo de los frailes, que consideraban la violencia un "obstáculo insalvable" para la evangelización: ¿cómo predicar el amor a Dios y a los hombres, si los cristianos "viejos" mataban y arrasaban? Se descubrió que los nativos no eran los únicos necesitados del Evangelio: había que incluir a los españoles instalados en América. A finales del siglo XVI, el cronista franciscano Jerónimo de Mendieta escribió que el decaimiento de la fe entre los nativos se debía al mal ejemplo de los españoles con quienes convivían, punto en que coinciden todas las crónicas del primer siglo de cristianización.

El primer evangelizador en las Antillas fue el jerónimo Pané, pero la construcción de la Iglesia en América se debe sobre todo a franciscanos como fray Diego de Landa, que aportaron la sencillez evangélica, dominicos como Montesinos, con gran claridad doctrinal y más tarde jesuitas, a los que caracterizó un gran afán misionero y que pusieron en marcha las llamadas reducciones o gran-

des recintos a modo de poblados. Después acudieron agustinos, como narra el cronista americano Juan de Grijalba. En los numerosos escritos que se conservan de los misioneros, se observa un gran respeto por las costumbres indígenas (excepto los sacrificios humanos y otros atentados contra la dignidad de la persona). Los frailes tenían muy claro que debían evangelizar desde dentro, adoptando el modo de vida y conociendo el idioma de quienes les acogían para familiarizarse con su mundo, representado en los conceptos que manejaban.

Los evangelistas buscaron los puntos comunes con las culturas indígenas

Por lo general, en las mitologías nativas hallaron elementos que coincidían con la existencia de un único Dios (el sol, entre los mexicas) y de una primera caída o pecado original, así como costumbres que se ajustaban al decálogo cristiano, como la monogamia, el rechazo hacia el robo o el valor de la virginidad ritual. Se valoraban el honor, la sinceridad y la ayuda a los mayores y más débiles, todo lo cual propició la inculturación del Evangelio. No era labor fácil: religiosos y obispos estuvieron atentos a los casos de idolatría o sincretismo, es decir, mezcla indiscriminada de elementos cristianos y no cristianos. Hasta el día de hoy, América es un



Un encuentro traumático
 Conquistadores y clérigos tenían objetivos distintos: los primeros buscaban propiedades y oro; sin embargo, los segundos pretendían "salvar" las almas de los indígenas. En la imagen, una litografía que recoge el desembarco de Colón.

Concilios americanos

Desde muy pronto, la Iglesia americana contó con los mismos instrumentos de los que disponía en otros lugares: inspecciones, el Santo Oficio y la celebración de sínodos y concilios. El arraigo de la doctrina católica en un nuevo escenario abrió las puertas a nuevas heterodoxias. Eran muy distintos los problemas de los eclesiásticos en esas tierras, aunque los decretos de Trento fueron puestos en práctica. Entre los siglos XVI y XVIII se celebraron en la América española (incluyendo Filipinas) un total de 16 concilios provinciales: el primero en 1551 en Lima, y los últimos en 1774 en Santa Fe de Bogotá y Charcas respectivamente. Entre esas fechas, México y Santo Domingo fueron también sedes conciliares: la primera en cuatro ocasiones y la segunda sólo en una (1622-23), igualando a Manila en número de citas. Pero fue Lima la que acogió más reuniones, en parte por el impulso de eclesiásticos como Santo Toribio de Mogrovejo y de los propios virreyes.

Santo Toribio, talla de Gregorio Fernández (s. XVII).

Además de adoctrinar a los nativos, los eclesiásticos les enseñaban también a hablar y a escribir en castellano, nociones de matemáticas y algún oficio

territorio proclive a la superstición, aunque echando una mirada a la vieja Europa podría afirmarse lo mismo.

Otra nota que destaca la evangelización española es el interés de los eclesiásticos por proporcionar a los naturales no sólo elementos doctrinales, sino otros conocimientos útiles para desenvolverse en la nueva sociedad: aprendizaje del castellano, escritura, matemáticas básicas, habilidades manuales (bordado), oficios con que ganarse la vida, canto, etc.

Pedro de Gante, Diego Valadés y la educación integral de los naturales

Según los especialistas, el mejor ejemplo de educación "integral" fue la llevada a cabo por los franciscanos en Nueva España (México), en concreto por Pedro de Gante, pariente de Carlos V y uno de los tres frailes que llegaron tras la conquista de Cortés, en 1523. Como lego (no ordenado sacerdote) pudo dedicarse más de lleno a la tarea educativa impulsada por los franciscanos en sus conventos, al mismo tiempo escuelas primarias. Se integró tanto en la cultura náhua que llegó a olvidar el castellano, y fue uno de los principales defensores de los naturales ante el Emperador. En 1526 se trasladó de Texcoco a la ciudad de México, donde junto con otros frailes ins-

taló la escuela de San José de los Naturales en el convento de San Francisco. Es en esta escuela donde se sitúa a Diego Valadés, al parecer hijo de un conquistador y una indígena tlaxcalteca, aunque algunos autores afirman que era español. Sea como fuere, tras pasar por la escuela de Gante se hizo franciscano y fue ordenado sacerdote. De Gante aprendió su método pedagógico, que difundió en sus escritos; podría decirse que Valadés dio voz a la labor de Gante y otros frailes que dedicaron su vida a la educación de los náhuas en su obra *Rethorica Christiana*, redactada en Europa en 1579, en la que expone minuciosamente el método aprendido en la escuela de San José. Al igual que Gante y otros religiosos, Valadés se deshace en elogios hacia las virtudes de los náhuas, en los que puede verse la imagen de los pueblos indígenas: "de un rostro tan dulce, tan bello, que nada puede sobrepasarlos". Advierte que no le mueve el afecto, sino que es opinión común entre "varones muy graves". Sólo les atribuye un defecto: la desmedida atención que prestaban a sus ropas y al cuidado de su cuerpo, en definitiva, su hedonismo, que por fuerza debía chocar con la sobriedad franciscana. El ejemplo de Gante y Valadés fue seguido por obispos y religiosos de las órdenes que trabajaban en América; surgieron escuelas



Vocación educativa

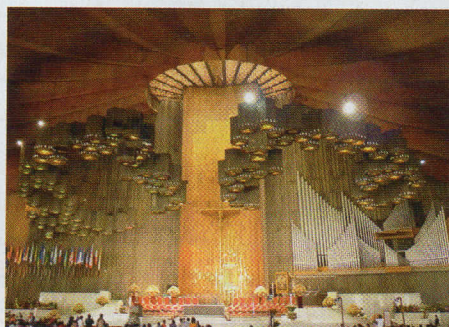
Pedro de Gante se dedicó a la educación y escribió este catecismo (al lado). A la izquierda, la Universidad de San Francisco Javier, en Sucre, Bolivia.

de enseñanza superior y universidades. La primera Universidad de América fue erigida por bula papal en Santo Domingo, en 1538; le seguirían la Pontificia Universidad de San Marcos en Lima, en 1551, y la de México el mismo año. Las coronas inglesa, portuguesa y los gobiernos de otras potencias coloniales no fundaron una sola universidad en los territorios ultramarinos anexionados.

Tradicionalmente se hace una división entre el clero regular (frailes y monjas) y el secular (párrocos y obispos) americanos: éste estaría al servicio de la Corona, y el primero junto a los naturales, en una visión sencilla pero un tanto maniquea. Como en todo lo que parece blanco y negro, los investigadores encuentran diversas gamas de gris: en este caso en las figuras de los frailes-obispos, como el mencionado Diego de Landa. Landa era franciscano, evangelizó Yucatán y era muy querido por los mayas. Pero accedió a la dignidad episcopal, y como obispo de la zona solicitó y obtuvo la colaboración de la Orden de San Francisco para combatir la idolatría, muy extendida por el territorio.

Un precario equilibrio: clero, poder político y nativos

Fray Pedro de Montúfar, dominico, fue obispo de México; le seguiría fray Juan de Zumárraga, franciscano. Otro "gris" lo constituye el comportamiento de algunos nativos, sobre todo mayas. Lejos de la docilidad y pasividad que con frecuencia se les atribuye, tan pronto advirtieron que entre los españoles había disparidad de opiniones, manipularon en su propio interés las tensiones entre el clero y la corona, representada por los virreyes, que en ocasiones eran también obispos. Por ejemplo, cuando a finales del siglo XVI se decretó que los frailes abandonaran las parroquias para residir, como era costumbre, en conventos y monasterios, se cuenta que los indígenas protagonizaron motines y enfrentamientos con las autoridades por no



Veneración mariana

Desde que la Virgen de Guadalupe (derecha) se apareció al indio Juan Diego, su devoción se extendió con fuerza (arriba, la basílica de Guadalupe en Ciudad de México).

querer alejarse de los frailes. Esas revueltas con probabilidad fueron dirigidas por caciques locales, que encontraban en los frailes una mayor tolerancia o simplemente deseaban introducir elementos de confrontación entre los invasores.

Las maravilladas descripciones españolas de los paisajes americanos, de los atavíos y ropas de los nativos, dan una pobre idea del impacto visual que produjo una tierra tan diferente. Y puesto que la Iglesia utilizó todos los elementos indígenas que pudo para evangelizar, es lógico que las manifestaciones exteriores de piedad adoptasen hasta cierto punto el ritual, las formas y los colores de la nueva tierra.

Impactados por las voces de los indios y por su facilidad para aprender

Aún hoy, los europeos admiramos las procesiones, la celebración de sacramentos y festividades y los ritos funerarios americanos, por la importancia que en ellos adquieren el movimiento (danzas), las ropas llamativas, la ornamentación colorista y el canto: los evangelizadores coinciden en afirmar la belleza de la voz de los indígenas y la gran facilidad que tenían



para aprender cantos litúrgicos. Mientras en Europa la Reforma protestante suprimía el culto popular, destruía imágenes en las iglesias y relegaba la religión a mera cuestión privada, el concilio de Trento promovía un renacer del culto a los santos y a la Virgen, especialmente representados en imágenes. Al mismo tiempo tenía lugar en la colina del Tepeyac, cerca de México, un fenómeno que marcaría decisivamente a la Iglesia americana: las apariciones de la Virgen María al indio (hoy santo) Juan Diego. Se cree que en ese lugar ya se rendía culto a la Virgen en su advocación de los Remedios, pero desde 1531 la devoción a Guadalupe arraigó en el territorio con fuerza, para extenderse por toda América y pasar a Europa. Fray Juan de Zumárraga, obispo de México, fue testigo de la que se considera última aparición, al ver la tilma (manta de algodón que llevaban al cuello los campesinos) de Juan Diego, en la que quedó impresa la figura que se venera aún hoy en la basílica mexicana. Así, la mayor evangelizadora de América resultó ser la Virgen María, madre de ese Diosito cuyo conocimiento agradecen los americanos a los españoles. ■